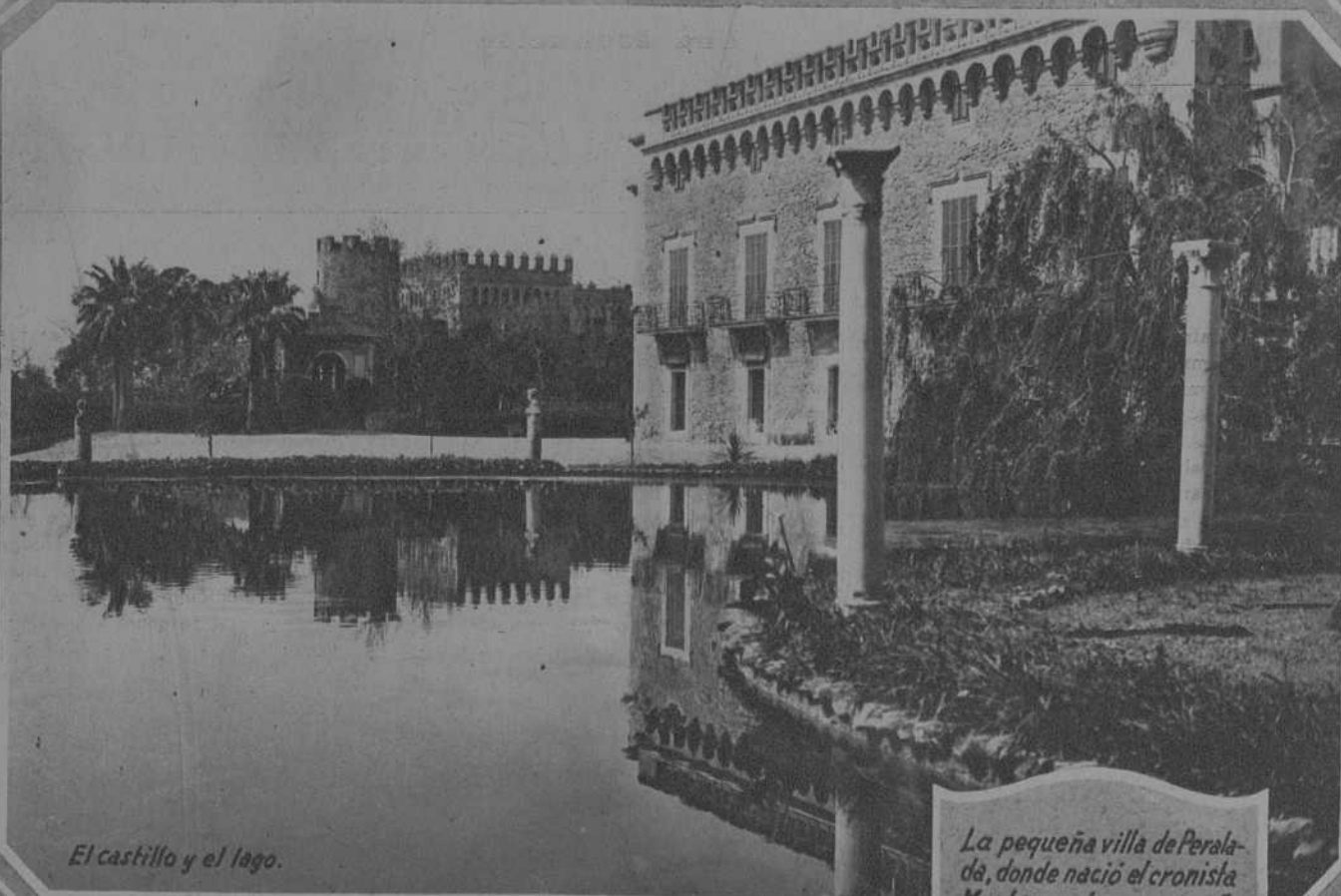


N.º 10. Páginas Extraordinarias de *El Día Gráfico*. 30 de Mayo. 1926.



*Peñón donde está enclavado el antiguo
castillo de San Andrés de Castellcir.
(Fot. Cubells).*



El castillo y el lago.

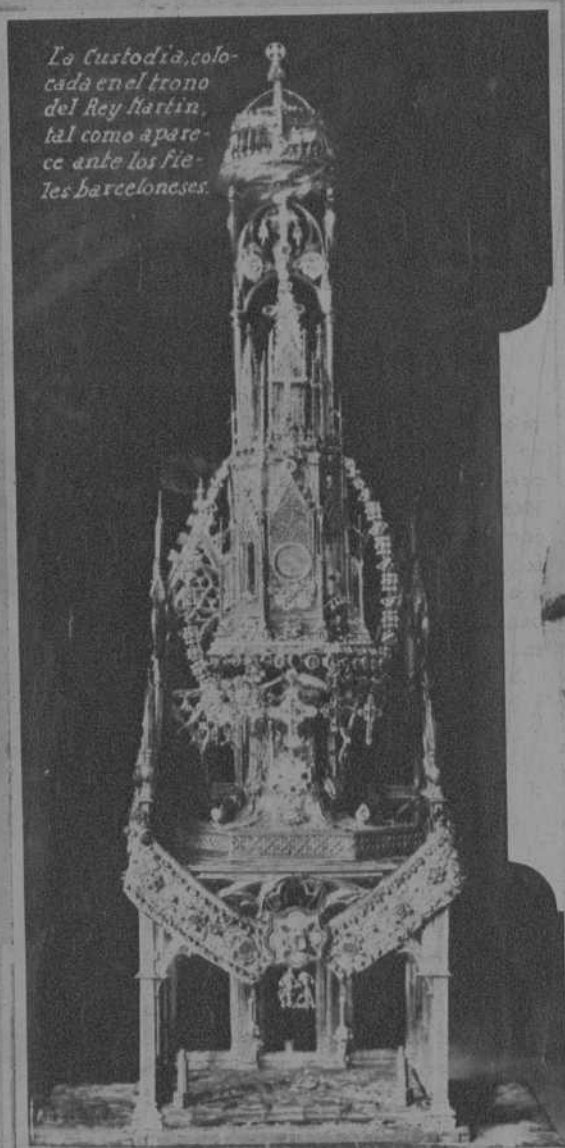
El Castillo de Peratada en el Ampurdán.

La pequeña villa de Peratada, donde nació el cronista Munfner, fuvo por señores a los Rocaberti. A finales del siglo XVI construyeron estos el castillo, que hoy, restaurado, pertenece al procer barcelonés Don Damian Mateu.



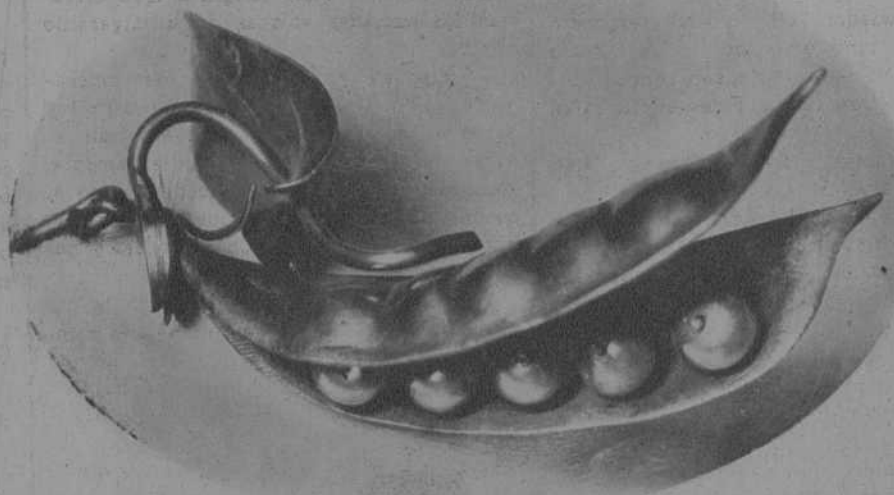
Una de las torres del viejo castillo.

La Custodia, colocada en el trono del Rey Martín, tal como aparece ante los fieles barceloneses.

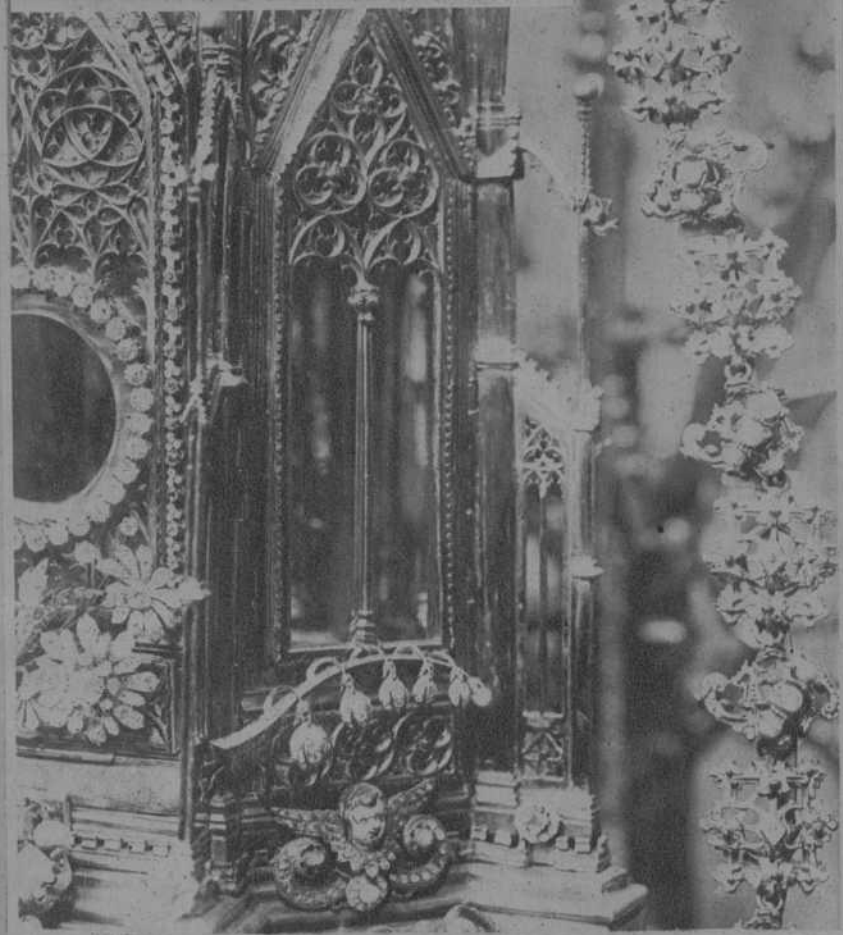


La Custodia de la Catedral de Barcelona el día de Corpus.

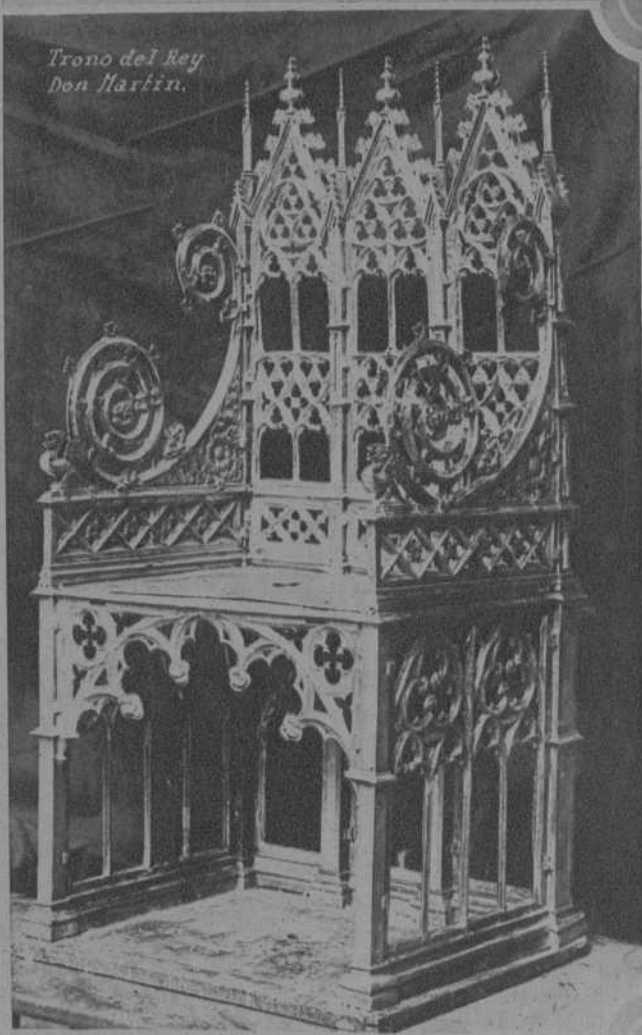
Detalle de la Custodia.



Detalle de la Custodia en el que aparece el "Toison de oro" del Emperador Carlos V.

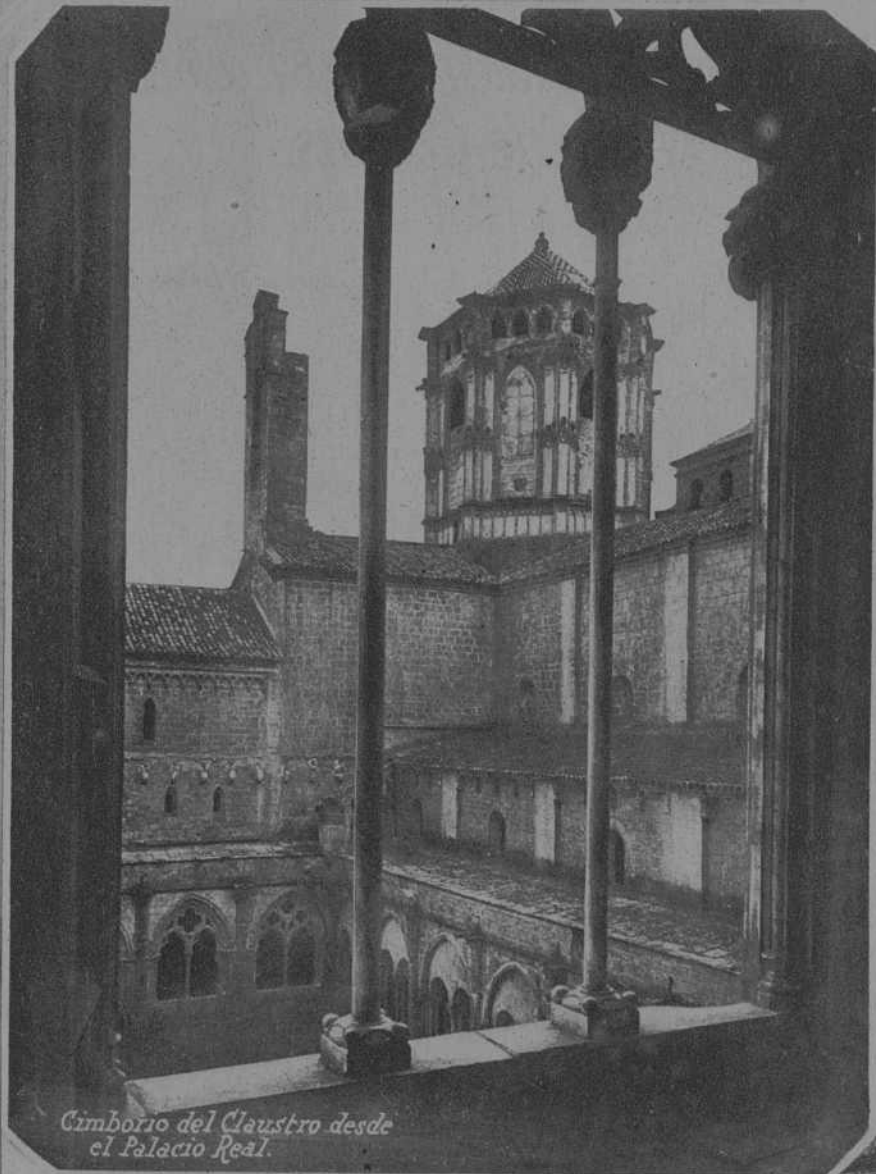


Trono del Rey Don Martín.



(Fots. "Arxiu Mas").

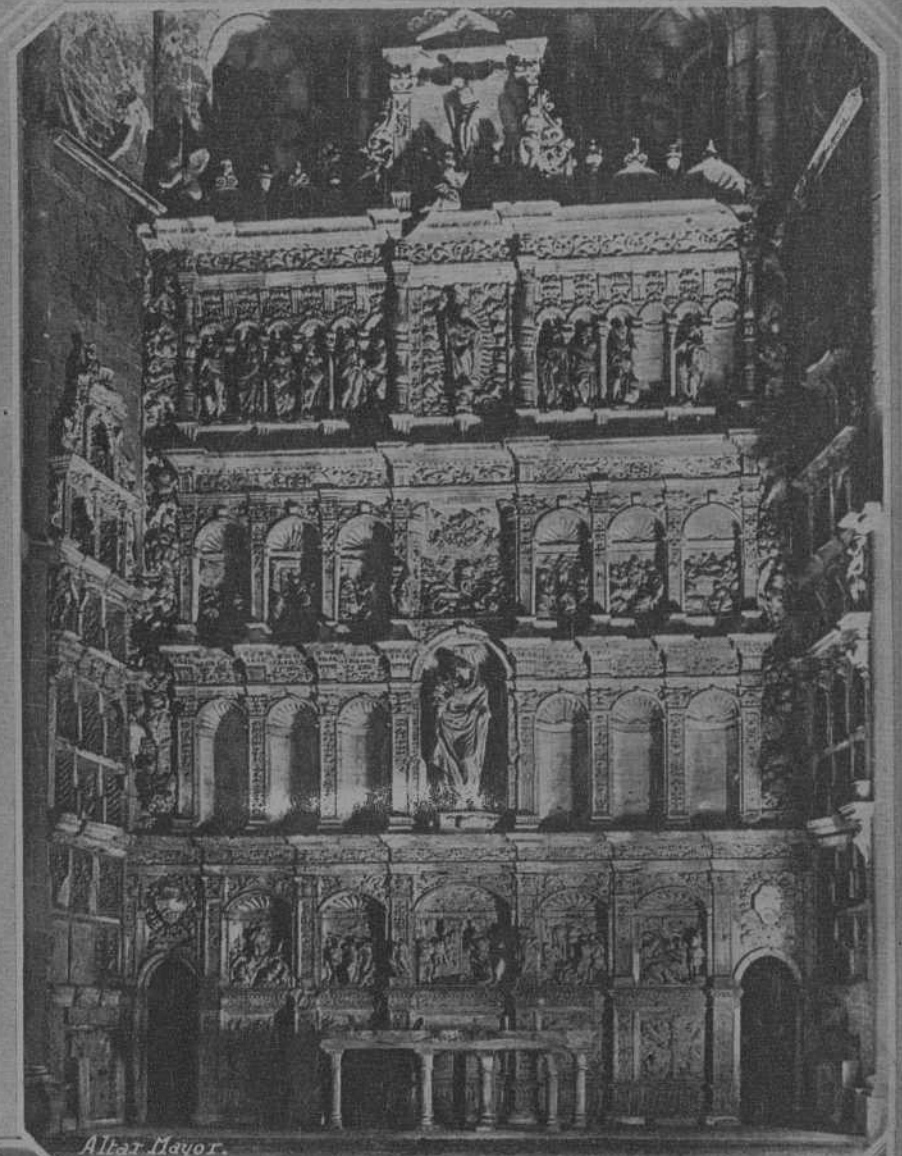
El Histórico Monasterio de Poblet



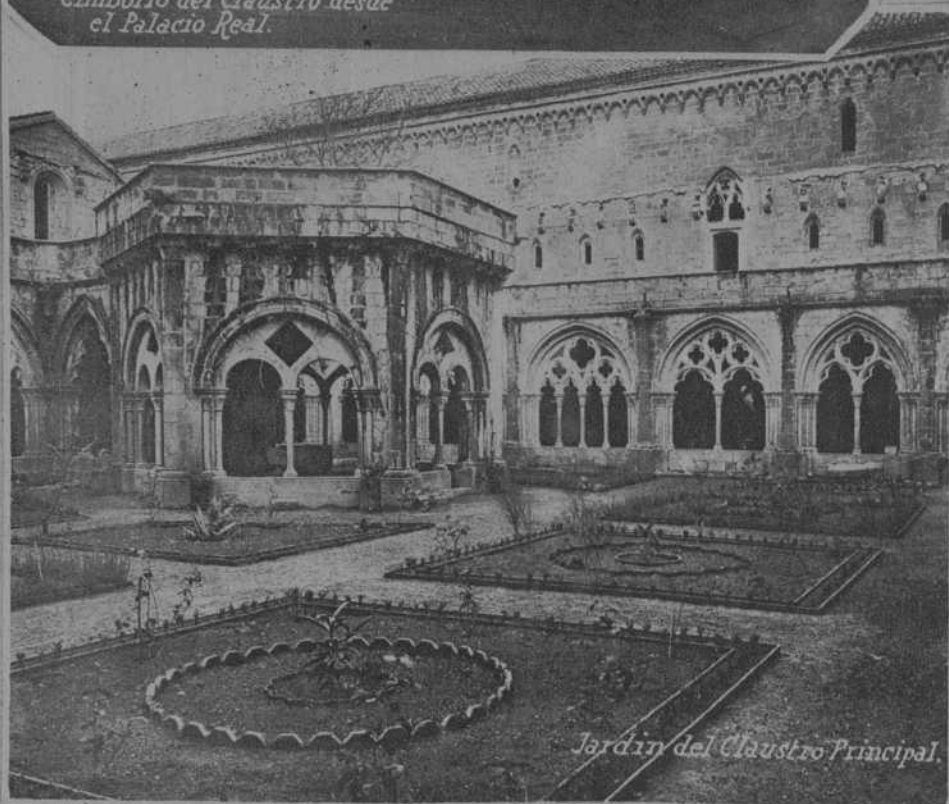
Cimborio del Claustro desde el Palacio Real.



Vista general del Monasterio desde el lago de San Bernardo.



Altar Mayor.



Jardín del Claustro Principal.

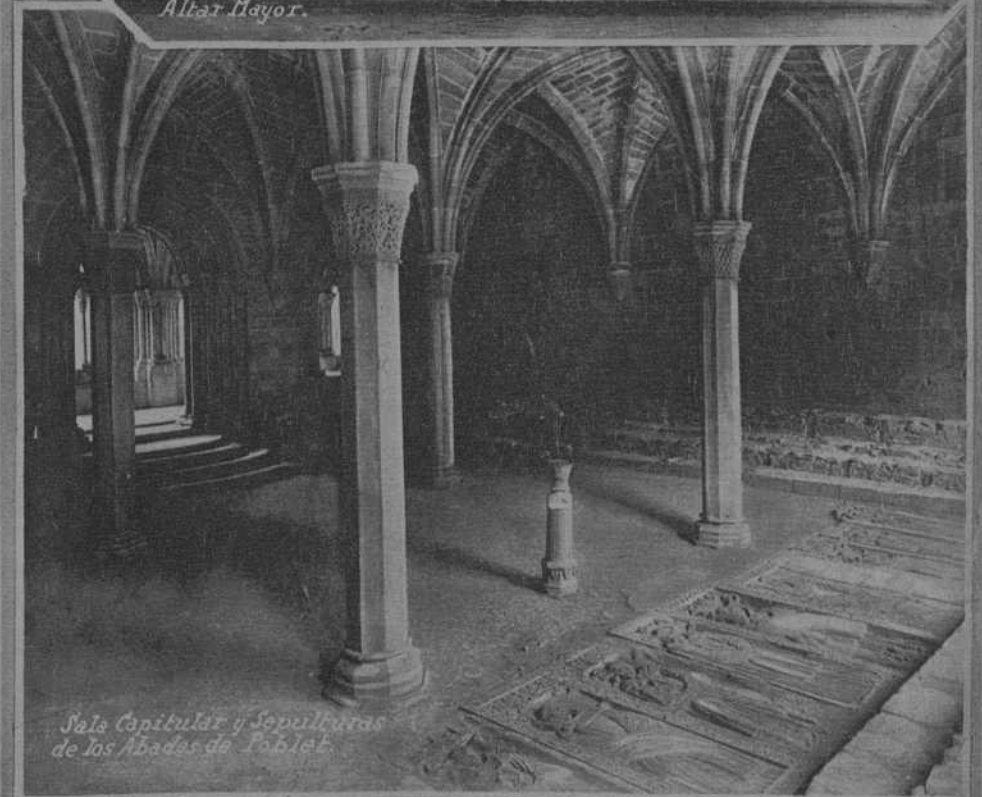


Sepulcro de los reyes de Cataluña y Aragón.

Es el Escorial de Cataluña, se ha dicho del Monasterio de Poblet. Fue más que un Monasterio y que un osario real, fue toda la historia de Cataluña. Un conde de Barcelona, Berenguer IV, lo fundó en el siglo XII, otorgándolo a la orden cisterciense. Luego, los reyes de la Confederación catalana-aragonesa, lo ensancharon, le dieron privilegios y lo eligieron para sepulcro. Desde el gran rey Don Jaime primero, al Rey Martín, todos los antiguos reyes de Aragón y de Cataluña, allí reposaron, hasta que una turba en 1835, buscando tesoros, aventó sus cenizas...

(Ha sido declarado recientemente, por disposición del Gobierno, Monumento Nacional).

(Fots. Roisin. Barcelona).



Sala Capitular y Sepulcros de los Abades de Poblet.



Estany de la Llebrera.

Los Lagos en las altas Pirineos.



Estany de San Maurici.



Estany llong.

A dos mil, a tres mil metros de altura, donde ya los Pirineos ofrecen un aspecto lunar, el excursionista encontrará estos pequeños lagos inesperados. Son los lagos de donde surgen los rios que descienden en los llanos y donde siempre la leyenda ofrece alguna narración maravillosa.

(Fots. Canals).

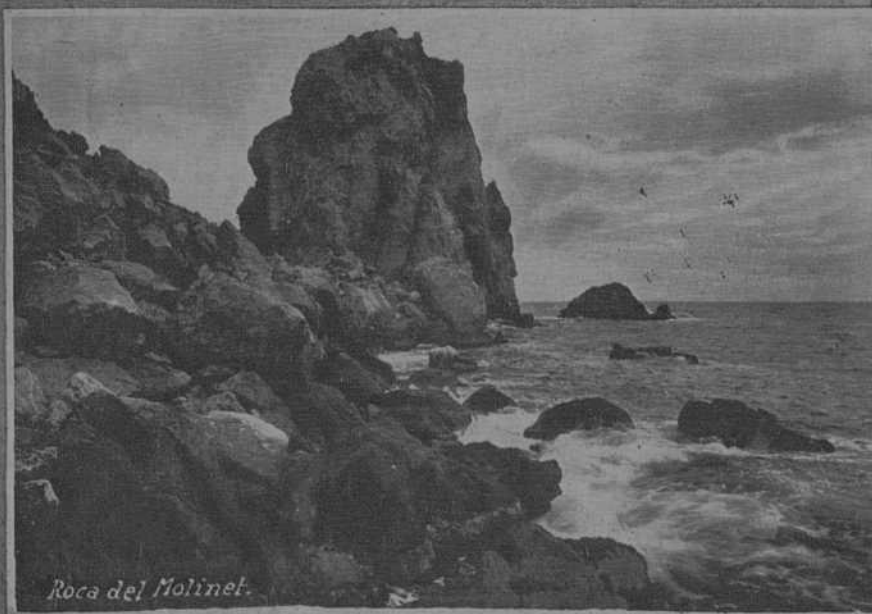


*"L'ou com balla".
El patio de nuestra
Catedral el día del Cor-
pus, cuando bajo las
guiraldas, se cumple la
tradición del huevo dan-
zando en el surtidor.
Fot. Arx. Mas.*

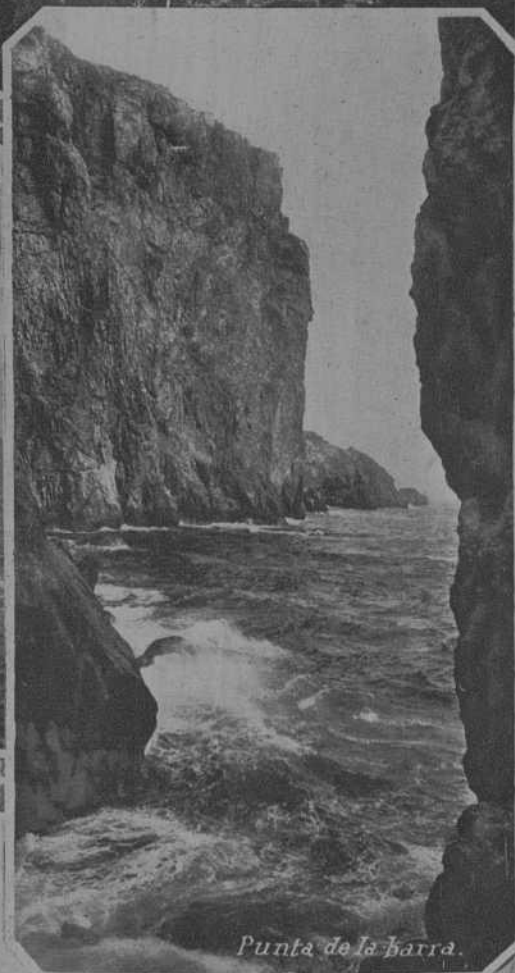
*EL "CAP
D'ESTARTIT
(COSTA BRAVA)*



Vista panorámica de Estertit.



Roca del Molinet.



Punta de la Barra.



Fots. V. Fagnoli.

Golfo de la Foradada.



EL ENEMIGO INSOSPECHADO

(Novela corta original)

por FRANCISCO CARAVACA

I

*»Se con quegli occhi
ella ne face un giachio di
stato, un fuoco quando
verna...»*

PETRARCA

Aquello era lo más extraordinario que durante toda la vida le había sucedido. Era cosa de maravillarse ante una petición tan singular como la que el célebre artista acababa de recibir. Una cartita humilde, mal trazada por una mano insegura, torpe, sobre un sucio papel, y encerrada en un enorme sobre, como para despachos ministeriales. Pero lo más original era su contenido:

«... Señor: Me llamo Aurelia, soy florista; vendo mis flores por las puertas de los cafés... Hace algunos días estaba usted sentado en la puerta de uno de esos cafés. Me acerqué y le ofrecí mis violetas... Usted cogió un ramito de ellas y me dió un duro... Sé que es usted un artista, un gran artista al que todos aplauden. ¡Qué hermoso es ser artista! ¿Verdad?... ¡No puede usted figurarse cuánto desearía ser artista, tan gran artista como usted!... ¿Por qué no me enseña música...? ¡Yo sería muy obediente y aprendería en seguida cuanto me enseñase!».

AURELIA.»

Al terminar la lectura de esta ingenua misiva, el músico—que sin duda esperaba el testimonio de admiración de alguna bella oyente, uno de aquellos billetes perfumados que traían fragancias de «Rose de France»—soltó la carejada. ¡Vaya con la chiquilla, y qué ocurrencias!... ¡Mire usted que querer ser artista!... ¡Y así, de sopetón; de florista a músico!... ¡Tenía gracia la cosa!...

La ingenuidad de aquella muchacha, a la que distraídamente y siguiendo una inveterada costumbre, comprara unas violetas días anteriores, hizo pensar a Máximo que tal vez era aquél el más rendido homenaje de admiración que había recibido durante toda su brillante actuación a través de los escenarios de Europa y América... «Tan gran artista como usted...» Aquella niña, que ni siquiera conocía su apellido, le llamaba

«gran artista», con la impulsiva llaneza de un alma infantil, desconocedora de mentidos elogios, de falseadas lisonjas.

¡Bah! Pero la cosa no tenía importancia; a no ser que...; pero no, no, imposible...

Máximo del Valle, el artista del que tantas y tan grandes alabanzas había hecho la crítica durante su última «tourné» por la América del Sur, guardó aquella curiosa misiva, y tomando el sombrero se lanzó a la calle.

II

La tarde era lluviosa. Sobre el espejo de las aceras relucientes y resbaladizas, riaban las figuras de los deambulantes. Había anochecido por entero, y en aquellos momentos se intensificaba el tránsito por las calles con la salida de las modistillas del brazo de sus novios, rebullendo sus cuerpos para hurtarse de la lluvia.

Sentado en el interior del café—no importa cuál—, Máximo del Valle consumía a pequeños sorbos su tacita de té... Había leído todos los periódicos del día; había fumado mucho, tanto, que sentía la garganta reseca, amarga. ¡Estaba aburrido! ¡Hacía tanto tiempo que se aburría! No recordaba un solo momento de su vida en que se hubiera sentido enteramente dichoso, feliz... O mejor dicho, sí; una vez llegó a sentir una felicidad muy intensa, fuera de la cual, el resto de su vida era de una monotonía abrumadora, casi sin convicciones y sin ideales: vida triunfal, sí; pero triste, desesperantemente triste, como la del resto de los mortales, sin otro aliciente que su arte.

Recordaba, con ilusión algo lejana, aquel día en el Conservatorio de Milán; el día de sus exámenes del último año de violín. Máximo sentíase sumamente nervioso—la cosa no era para menos!— Temía el fracaso, porque comprendía, con un secreto terror, que el fracaso arrastraría toda su vida hecha jirones, despedazada por el aniquilamiento de su espíritu.

A su memoria acudía aquel momento, tan temido como deseado, en que tomó el violín con mano convulsa, sintiendo sobre sí la mirada fría y escrutadora del Tribunal. Empezó el examen. La «Novena Sinfonía»

de Beethoven fué el tema propuesto por el Jurado. Preludiaba las primeras notas, y ya se hizo un silencio general en la reducida sala... Fué un instante de expectación, de supremo interés, cuando prodigiosamente brotaron las notas, ora lentas como un gemido, ora desencadenadas en vertiginoso desenfreno...

Siguió después un aplauso estruendoso, vibrante, que conmovió a todo el auditorio en un verdadero delirio de emoción musical; las felicitaciones calurosísimas, los significativos apretones de manos de franca cordialidad, y la felicidad unida a su triunfo, a un triunfo magnífico...

Después su vida fué muy distinta de lo que había sido anteriormente: su nombre de «virtuoso», recorrió en una sucesión jamás interrumpida de éxitos, las salas de los mejores coliseos extranjeros. Un eterno desfilar de impresiones y panoramas distintos; sintió sobre su frente la caricia ardorosa de la gloria, y vió a sus pies mujeres de una belleza maravillosa, que sonreían fascinadas, subyugadas por su arte purísimo...

Puso en su vida trashumante la pincelada gallarda de unos amores borrascosos, refinadamente perversos, en una mujer de belleza siniestra, de ojos con claridades metálicas... Amores que no finalizaron en tragedia conyugal porque a tiempo supo huir de las manos vengadoras del marido, un coloso de grandes mostachones a lo Kaiser y de seis pies de estatura, como un anti-gu granadero de la Guardia imperial.

Pensaba en todo esto, cuando le sacó de sus meditaciones una voz infantil:

—¡Señor, soy Aurelia!...

El artista volvió la cabeza y se encontró ante una chiquilla hermosísima, de grandes ojos negros, de cabello casi azulado y de grácil figura. Recordó la carta recibida el día anterior, y no pudo por menos de sonreír.

—¡Ah! ¿Con que tú eres Aurelia?... ¡Bien! ¿Y qué quieres? ¿Quieres que te compre flores?... Bueno; dame ese «bouquet».

Y Máximo alargó una moneda a la muchacha, que no se atrevió a tomarla.

—¡Yo... señor!...

—¿Qué?—preguntó de nuevo el artista, tornando a reír. *

—Yo quisiera decirle... que...

¡Vamos, habla, chiquilla!... Dime, ¿qué quieres?...

—¡Oh, quisiera pedirle perdón!...

—¿Perdón?... ¿De qué?...

—De mi carta, de la carta que le he escrito... ¡Perdóneme usted!... ¡Yo le ruego que me perdone!... ¡Estará usted tan enfadado conmigo!...—siguió diciendo la chiquilla, mientras a sus ojos negrísimo parecía asomarse una lágrima.

—¡Yo enfadado!... ¿Por qué?...—respondió Máximo en tono amistoso—. ¡Oh, no lo creas!... Yo no estoy enfadado contigo, hijita; pero lo que tú me pides en tu carta no puede ser...

—¡Ah!—exclamó desconsolada—. Bien me lo figuraba yo...

Por un momento Máximo contempló en silencio el lindo rostro de Aurelia, que trataba de ocultar con sus manos. Vió sus sedosos cabellos, que brillaban con un brillo fulgurante.

Una idea cruzó rápida por la imaginación del artista, y adoptando un tono de paternal benevolencia, dijo:

—Bueno, chiquilla. Tú no te enfades conmigo, ¡no quiero que te enfades! ¿Lo sabes?... Toma este dinero a cambio de tus violetas, y preséntate en mi casa, mañana, con esta tarjeta.

Aurelia se detuvo vacilante, sin atreverse a tomar ni el dinero ni la tarjeta; por fin cogió ambas cosas, y reflejando en su semblante un brillar de gratitud y de alegría, salió del café, dejando a Máximo perplejo.

Desde luego que aquello era imposible; procuraría hacer desistir de su pueril empeño a la espiritual Aurelia. ¡Diablo!... ¡Y con lo bonita que era la muchacha!... ¡Había que ver aquella boca, roja como las amapolas, y el cabello endrino, sedoso!...

Máximo acabó de sorber la tacita de té, y después de satisfacer el importe, cargó su pipa de «navy cutt» y salió a la calle. Seguía lloviendo; una lluvia pegajosa, menuda; las parejas continuaban pasando veloces; las miradas, abiertamente provocativas, las bocas dibujando un gesto burlón. ¡Qué poco se parecía ninguna de aquellas bocas, de labios carnosos, a la diminuta boca de la florista!... La lluvia pertinaz resbalaba sobre el esmaltado pavimento...

III

Los violines comenzaron a preludiar las notas lánguidas de un tango, mezcla de habanera cadenciosa y «schotis» madrileño. Una pareja, dejando los lujosos divanes del «foyers», salió al «parquet», y enlazándose con indolente gesto, comenzó a marcar los pasos de la danza.

Era la hora triste de los «cabarets»; la hora monótona en que unos cuantos rezagados que gustan de acostarse con la luz del día, dan un poco de vida a este rincón, que algunas horas antes atronaba el ruido desagradable del «jazz-band».

Pepito Mella, un primer actor sin contrata que, no obstante seguía luciendo sus sortijas de brillantes; Enrique Fernández, un gaceticero que casi nunca aparecía por el periódico, pero que cobraba religiosamente su pingüe sueldo; el pintor Améri-

co, una futura celebridad del mundo pictórico, que, mientras aguardaba el momento del triunfo sentado en los «fauteuils d'orchestre» de los conciertos de última hora, gastaba las no pocas pesetas que ha poco tiempo heredara de su padre; Máximo del Valle, que buscaba en las profundidades asombrosas del «whisky» el medio de matar el tedio, en tanto que, alejado en un rincón del salón, en compañía de una mujer delgaducha, de rostro maquillado, soñaba despierto, siguiendo con la mirada vacilante las extrañas imágenes que elevaban las azuladas volutas de su cigarrillo turco.

En otro extremo del salón, tres muchachitas de labios de un rojo inverosímil y agresivo, de lindas cabezas que rendía el sueño y el cansancio, charlaban lentamente, forzadas, como en una salmodia, como si su destino no fuese otro que ese: charlar, cuando no se tiene ocasión de vocear y beber.

Continuaba la danza arrastrando la cadencia del tango, y la pareja seguía también marcando caprichosas figuras a los acordes de los violines somnolientos.

Ella era una mujeruca paliducha, de ojos profundos, horriblemente rasgados por el «kohl», de boca grande y labios gordezuelos; él era ese tipo inconfundible, mitad rufián, mitad señorito; de torpe y audaz mirar, de traje ceñido, de «posse» gañanesca: en una palabra, el eterno Don Juan, de lord Byron, encarnado en un mozalbete de anchas espaldas.

Máximo permanecía sumido en los abismos de su impenetrable silencio; a su lado, la rubia, dilatadas las pupilas que dominaban el hastío, extática, parecía una estatua, inconsciente de su vivir mezquino.

—¿Vienes?...—exclamó de pronto, Mercedes, con desganado ademán, que puso de manifiesto el felino encanto de su cuerpo turgente, bajo la suave túnica violeta.

Máximo la miró con fijeza y sintió deseos de reír. Ella hacía desesperados esfuerzos por permanecer despierta; sacudió sus melenas a lo «Betina Jacometti», y tomando con un pañuelo un poco de agua de la botella que había sobre la mesita, se humedeció la frente.

—¿Vienes, tú?...—repitió de nuevo.

Máximo se incorporó; quitó con los dedos la ceniza que había rodado sobre el impecable «smoking», y bebió el último sorbo de «whisky».

—No, hoy no—contestó displicente.

—Yo creí que pensabas acompañarme a la sala de juego.

—Te repito que hoy no—repuso Máximo.

—Lo siento, Máximo—replicó contrariada Mercedes—, porque pensaba pedirte un favor...

—Necesitas dinero, ¿verdad?...

—¡Sí!... Ya sabes que hace algunos días que tengo a mi madrecita enferma. El médico le ha recetado un específico, creo que es alemán, que cuesta un dineral. ¡Calcula tú!... ¡Diez y seis pesetas!... ¡Ya puedes figurarte que aquí nos dan muy poco!...

El artista sonrió tristemente. ¡Cuántas miserias bajo aquellos afeites y aquellas vestiduras!...

—¿Está muy grave tu madre, Mercedes?—preguntó.

—¡Oh, sí!... ¡Claro, la pobre está tan desgastada!...

mo, al tiempo que el camarero se acercaba a la mesa.

—Yo no te pido nada, Máximo; dame lo que tú quieras.

Rápido, sacó del bolsillo del pantalón un arrugado billete de cien pesetas y se lo entregó a Mercedes.

—Cuando necesites más...

—¡Gracias, Máximo, gracias!—exclamó la muchacha, emocionada—. ¡Qué pocos hombres hay como tú!...

IV

Volvió extenuado, muerto de fatiga después de aquel vagar por Europa y América. Tras ocho años, interminables, siempre en un continuo viajar, en el alma de Máximo del Valle había nacido esa emoción contemplativa, ese sentimiento casi religioso, y de ternura infinita, que siente el hombre cuando ha visto sin asombro, pero con pena, brillar los primeros hilos de plata en su cabeza.

Máximo soñaba con el regreso a Madrid. Y cuando aquella tarde brumosa, plúmbea, del otoño parisino, en la estación de Austerlitz tomaba el expreso para España, sintió una hondísima satisfacción, como si durante mucho tiempo hubiese gravitado sobre su espíritu un peso enorme, del que ahora se veía libre. Sintióse gozoso como un chiquillo; más joven, más ágil con sus cuarenta y cinco años, y deseaba locamente que el tren le llevase, como en volandas, a la capital española. ¡Tenía tantos deseos de llegar a Madrid! Preguntóse a sí mismo: ¿para qué?, y su corazón no le engañaba, no le podía enganar: para verla a «ella»... ¡Qué alegría, verla, después de ocho años de separación y sin otras noticias que aquellas largas cartas que de tarde en tarde recibía, y en las que «ella» le iba dando cuenta de sus prodigiosos avances en los estudios!...

Fué una cosa realmente singular: Máximo recordaba aquella mañana en que hubo de declararse vencido ante los lloriqueos e insistencias de Aurelia y acceder a sus deseos, tomándola bajo su protección.

Máximo quiso resistirse; pero inútilmente. Había tal expresión de súplica en aquellos ojos negros, tal callada poesía en la cálida mirada de la chiquilla, que, vencido, aceptó; aceptó, y Aurelia comenzó, a partir de aquel día, sus estudios, para los que demostró desde un principio un extraordinario poder intuitivo que agradó sobremanera al viejo profesor de música encargado de la formación artística de la joven.

En este estado de cosas pasaron algunos años. Máximo prosiguió su vida habitual, de país en país, de triunfo en triunfo, mientras que en un rincón de la vieja Castilla, un ignorado rincón hundido entre imponentes peñascales, por los que trepaban las retamas y árgomas silvestres, Aurelia y «signor» Luigi—el viejo profesor piamontés—vivían alejados del mundo, enteramente consagrados a la música.

Un día, en Milán, Máximo había terminado el concierto, cuando recibió un extenso cablegrama de «signor» Luigi, en el que le notificaba el triunfo rotundo de su alumna en el examen del cuarto año de violín. Luego, en una carta interminable, medio en italiano medio en español, el viejo maestro ampliaba su información, detallándole con toda minuciosidad los pormenores del triun-

fo obtenido, que el bondadoso maestro calificaba, en su jerga especial, de «benissimo».

Después tornaron aquellas cartas larguísimas, llenas de infantilidad, de una infantilidad menos atolondrada, esbozándose en ellas un asomo de seriedad armoniosa, franca...

Todo esto lo recordaba ahora, en este momento en que, arrellenado en el fondo de un lujoso «sleeping-car», soñaba con ver de nuevo a Aurelia. La ausencia había hecho nacer en el alma del artista, fatigada por aquel eterno errar sin destino, un amor profundo por Aurelia.

¡Soñaba, soñaba con aquel amor otoñal que había nacido en su pecho con la bravura que nace en los pechos mozos, como una de esas hermosas flores rojas que surgen entre zarzas y argomas en el quebrado vericuetos de un soto andaluz!...

El tren había salido de la estación y corría por entre el dédalo de luces rutilantes que decoran el panorama de París.

Aurelia y signor Luigi se habían trasladado desde aquel pueblecillo hundido en el corazón de la vieja Castilla a la populosa capital madrileña. En el aristocrático barrio de Salamanca alquilaron un piso amueblado con buen gusto y sencillez no exenta de lujo.

Aquella mañana, Aurelia, sencillamente ataviada con un claro vestido y acompañada de signor Luigi, se encaminaba a la estación del Norte. La joven sentía una gran alegría, una alegría tan intensa que le había hecho llorar durante toda la noche: llenaba su pecho un sentimiento de honda gratitud, de reconocimiento profundo hacia aquel ser bueno, aquel hombre leal, que, tomándola del arroyo cuando en su desventurada orfandad pululaba por las puertas de los cafés madrileños, expuesta a los insultos y groserías de los hombres, Máximo había hecho de ella, de la chiquilla ignorante que recorría las callejas de los barrios bajos de Madrid, entre golillos y rateros, una gran artista, que sentía en su alma la armonía inefable de la música, cuidando con solicitud enteramente paternal de todo cuanto fuese preciso para asegurar su educación y bienestar. ¡Después de tantos años iba a verle de nuevo; a sentirse amparada bajo la benévola mirada del célebre artista, cuyo rostro noble no se había borrado de la memoria de la joven, a pesar de la larga ausencia!...

Llegaron a la estación; los andenes aparecían llenos de gentes que, como ellos, aguardaban el expreso de las doce. Aurelia consultó su diminuto reloj de pulsera, dando muestras de profunda impaciencia. Signor Luigi notó la agitación de la joven y, sonriendo, exclamó:

—«¡Diabolo!»... ¡No te impacientes, «figlia» mía...!

Pasaron algunos minutos y, por fin, se oyó un prolongado silbido y el tren, avanzando magestuoso, entró en agujas. Abriéronse algunos vagones, y de uno de ellos, de primera, descendió el viajero, dirigiéndose resueltamente al grupo que formaban Aurelia, signor Luigi y una señora que se les había incorporado. Aurelia sintió como un estremecimiento que recorría todo su cuerpo y, pálida, avanzó con los brazos abiertos hacia Máximo, que se precipitó en ellos, estrechándola fuertemente. Duran-

te un momento, la emoción les impidió decirse nada; después, el viajero volvióse al viejo maestro y le abrazó con efusión.

—Tú no sabes, Máximo, lo que tu pobre viejo deseaba este momento: temía morir-me sin haberte vuelto a ver—exclamó el signor Luigi.

Máximo sonrió conmovido, y mirando entusiasmado a Aurelia, preguntó:

—¿Y usted, Aurelia?... ¿Deseaba mucho que volviese?... ¿Verdad que sí?... Pues bien—añadió—, ya he vuelto, y para siempre; ya no me separaré de vuestro lado, amigos míos...

Habían salido de la estación, y mientras aguardaban en la puerta a que el mozo que traía las maletas terminase las operaciones del caso, Máximo, mirando fijamente a Aurelia, exclamó maravillado:

—¡Pero si está usted bellísima, Aurelia!... ¡Chiquilla, qué guapa!...

Rió alegre la joven.

—Yo no recuerdo cómo era antes de que usted se marchase a ese viaje tan largo; pero me parece que no habré variado mucho de entonces ahora.

—¡Oh, sí!... ¡Machísimo!... Yo no podía imaginarme que a mi regreso de ese largo viaje, como dice usted, me iba a encontrar tan agradablemente sorprendido. Cuando partí era usted una niña tímida, con unos ojos muy hermosos y un cabello muy negro... pero muy niña y muy tímida. No puedo habituarme a este cambio tan extraordinario, y, sin embargo, tan natural... ¡Es usted ya una mujer... y una mujer maravillosamente hermosa!... ¡No, no se sonroje, Aurelia!...

En aquel momento el mozo había terminado de colocar el equipaje en el interior del automóvil, y algunos instantes después llegaban a la casa del barrio de Salamanca, donde las hábiles manos de la joven lo habían dispuesto todo para el viajero...

V

—...Y usted, ¿no puede decirme quién es esa persona que siente tan gran pasión por mí?...—preguntó Aurelia sonriendo.

—¡Ah, no!... ¡Imposible!...—contestó Máximo, lanzando una bocanada de humo de su pipa de ágata—. Esa persona me ha exigido una reserva absoluta, que, a fuer de buen amigo, no quiero quebrantar.

Aurelia estaba sentada al piano, donde todas las mañanas solía hacer algunos ejercicios; Máximo, frente a ella, recostado en una «chaise longue», contemplaba el erguido cuello y el esbelto talle de la joven.

—Y dígame, Máximo: ¿cree usted que esa persona me ama tan apasionadamente como me asegura?...—exclamó Aurelia de improviso, dejando el teclado.

—¡Oh, sí!... Esa persona, ese hombre, la adora a usted como sólo se adora a las imágenes... con el amor de usted sería feliz, muy feliz... ¡Oh, si usted supiera!...

—¿Qué?...—preguntó la joven, poniéndose repentinamente seria.

—Si usted supiera cuánto tiempo hace que ese hombre la ama... Hace ya varios años que la quiere locamente... ¡Quién sabe si usted también sería feliz con él!...

—¡Pero si yo soy feliz!...—prorrumpió Aurelia con una explosión de sorpresa—. ¡Qué mayor felicidad para mí que tenerle

a usted a mi lado! Usted ha sido para mí como un padre cariñoso, ¿no es verdad?

—¿Quién lo duda?... Yo la quiero como a una hija, más que a una hija; pero no es eso, Aurelia. Se trata de su vida futura, de su felicidad...

—¡Oh, no insista usted, amigo mío!... Yo se lo ruego. Le repito que yo soy completamente feliz en mi estado presente, y no comprendo la necesidad de cambio alguno para exponerme a dejar de serlo...

El artista se acercó a la joven, y tomándola amorosamente las manos la dijo con voz suplicante:

—...Luego, entonces, Aurelia... ¿no piensa usted casarse nunca?...

—¿Yo?... ¿Para qué?...—contestó ingenuamente.

Máximo guardó silencio: comprendía que aquello era indigno y, sin embargo, quiso hacer la última tentativa.

—¿Es que usted no quiere a nadie, Aurelia?... ¿No siente amor por nada?...

La joven miró sorprendida a Máximo, y sonriendo con dulzura replicó:

—¡Oh, sí, amigo mío!... Le amo a usted y a mi arte. En usted, Máximo, hallo el amparo más noble, y en el arte encuentro el amor más intenso que pueda sentir el alma humana... ¡La Música!... ¡Divina poesía!... ¡Ese es mi verdadero amor!...

El rostro de Máximo se ensombreció; una nube de infinita tristeza cruzó rápidamente por su espíritu. Comprendía que si revelaba su secreto todo estaba perdido, ya que, conociendo el recto juicio de la joven, y la gratitud y afecto que Aurelia le profesaba, estaba seguro de que ésta no hubiera vacilado en casarse con él por agradecimiento, pagando así la gran deuda contraída, que Máximo quería olvidar...

—Es usted una artista de corazón, Aurelia—murmuró con apagada voz—. Yo le diré a mi amigo que quiere usted ser libre como esas aves que todos los años van desde esta Península a las tierras americanas... Se lo diré... y mi amigo no tendrá más remedio que conformarse...

Seguidamente despidióse de Aurelia para disponer los últimos detalles de la gran fiesta de consagración, en la que Aurelia se había de dar a conocer ante un público de críticos de música y selectos aficionados.

Máximo salió de la estancia, mientras que la joven, tornando al piano, comenzó a desgranar un fragmento de Debussy, ajena al dolor causado en el corazón de su protector...

VI

El salón de la marquesa de Villegas estaba rebosante de distinguida concurrencia, doblemente aristocrática por sus títulos nobiliarios y por sus aficiones artísticas.

Entre las tapizadas paredes de raso color turquesa brillaban aquella noche las joyas sobre los níveos cuellos de las damas, rivalizando con sus bellezas luminosas, radiantes bajo el severo marco, tan de buen tono que la señora marquesa viuda de Villegas sabía imponer a todas sus reuniones.

Celebrábase la presentación de la genial artista Aurelia de X... Los grupos, en diversos lugares de la sala, se dedicaban con anticipada fruición a lanzar opiniones respectivamente a la joven aventurando indiscretos

juicios acerca de sus dotes artísticas y paladeando el morboso placer de un probable fracaso.

Por tratarse de la alumna e hija adoptiva del excelente músico Máximo del Valle, los comentarios no eran del todo descomedidos, y la gente observaba cierta circunspección al emitirlos. En uno de los extremos del salón, Aurelia, más bella que nunca, conversaba con Máximo y con la marquesa de Villegas. Aurelia estaba serena; no temía el fracaso, porque estaba convencida de que su arte triunfaría de todo aquel público exigente hasta la crueldad. Pero en su rostro, más pálido que de ordinario, notábase la impaciencia. Máximo, de pie a su lado, vistiendo el rígido e impecable «smoking», contemplaba a aquella gente allí reunida, sin temor alguno, como el domador que ha vencido mil veces a sus fieras.

Al aparecer la joven de la mano de la anciana marquesa, todos guardaron silencio, y durante un instante sólo se oyeron las primeras notas de la introducción al «Nocturno», de Chopin.

De pronto, brotaron del violín otras notas vibrantes y límpidas y dulcificándose como en un arrullo, se derramaron armoniosas, con ritmo de aguas cristalinas, serpenteando por un arroyuelo...

Había en aquella armonía tan sublime la expresión casi litúrgica de un alma fervorosa, amante del arte; de un espíritu soñador, aherente de amores, no terrenales. Había unido con la divina poesía del arte sino divinos... Era la poesía de un alma de mujer que, en ideales nupcias, se ha inmortal...

Y triunfó, triunfó de una manera espléndida, rotunda... Hasta los más exigentes mostráronse satisfechos y sorprendidos de tal perfección, de tanta maestría, de tan excepcional dominio y tan sabia y prodigiosa sensibilidad.

Desde el fondo del salón, Máximo avanzó al encuentro de Aurelia, que angustiada, recibía las calurosas felicitaciones de todos aquellos que momentos antes se aprestaban a ser sus más decididos y encarnizados enemigos.

—¡Maravilloso, Aurelia, maravilloso!...— murmuró Máximo, entusiasmado.

—¡Por Dios, Máximo!... ¡Sáqueme pronto de aquí!...— imploró Aurelia sofocada.

Entonces él, inconscientemente, la cogió en sus brazos, y abriéndose paso por entre la turba que le asediaba salieron del salón como dos fugitivos.

—¡A casa!...—ordenó Máximo al chófer, al tiempo se cerró la portezuela.

Ya en el cuarto de Aurelia, ésta, más

tranquilizada, brillándole los ojos de una manera terrible, saltó al cuello de Máximo, y llorando y riendo a la vez como una loca, exclamó:

—¡Este, éste es mi amor!... ¡Mi sólo y único amor!... ¡Qué feliz soy!... ¡Oh, tú, Arte divino, tú eres toda mi dicha; tú eres mi verdadero amor!...

Máximo, pálido como un espectro, miraba sin comprender. Tenía el alma dolorida de angustia... Aurelia seguía exclamando:

—¡Qué feliz soy!... ¡Qué feliz soy!... ¡Y tú querías que me uniese a un hombre?... ¡A algún pobre diablo incapaz de comprender cuánto hay de bello en esta dicha presente?... ¡Jamás, jamás!... ¡El Arte es mi único amor!...

Máximo alzó la cabeza; su palidez se había acentuado, y sin pronunciar una palabra tendió sus manos a Aurelia... Salíó.

Poco después brillaba una luz en el cuarto de Máximo, y dentro se oían los apagados sollozos del gran artista, que, habiendo conseguido domeñar, bajo su férula enérgica, a los públicos, por la mágica virtud de su arte, lloraba ahora como un niño, como un muñeco, cuya vida acababa de ser destrozada para siempre por ese arte... Un enemigo insospechado de su único amor, que él mismo alimentó con su propia inconsciencia.

(Queda prohibida
la reproducción)

Una aspiración

El moro que quería trabajar «de ojo»

por JUAN CARRANZA

En el alma de todos los mortales alienta un sentimiento de coleccionista. A unos ese sentimiento los lleva a recoger sellos de correos; a otros capicuas, bastones y pipas sucias... Este afán coleccionista que vibra en el espíritu del ser humano, no es cosa solamente de estos tiempos. Barba Azul, más que un hombre atormentado por los celos, fué un coleccionista de mujeres. Carlos V, más que un aficionado a la relojería, fué un coleccionista de cronómetros. Napoleón Bonaparte fué un coleccionista de victorias guerreras. Peleó, más que por la utilidad y la gloria, por la satisfacción que le producía reunir victoria tras victoria. Hacemos estas citas para demostrar, que no estamos horros de erudición y para poner de manifiesto que también las grandes figuras históricas se vieron sujetas por las preocupaciones del coleccionismo. Pues bien, demostrado que el afán coleccionista lo sienten todos los mortales, los oscuros y los circundados por la luminosidad de la gloria, vamos a hablaros de nuestro aspecto de coleccionista. A nosotros nos ha dado por reunir anécdotas. Ofrendarnos una ané-

dota, es el mejor regalo que se nos puede hacer. Así lo comprendió un amigo nuestro que tuvo que residir unos meses en Melilla por razones de su profesión. Es nuestro amigo contratista de obras. Al regresar a España metió en su maleta pipas, chales, colorinescos de seda, anillos grabados con inscripciones morunas, petacas policromas, todo ello destinado a ser repartido entre sus amistades como recuerdo de su estancia en Melilla. A nosotros nos obsequió con una anécdota. Sabedor de nuestro afán coleccionista quiso testimoniarnos de esta manera que durante su estancia en Melilla había recordado alguna vez nuestra amistad. He aquí la anécdota moruna que nos ofreció:

—A los dos meses de llegar a Melilla tuve ocasión de conocer a un moro lleno de simpatía. Era éste tan hólgazán como simpático. El horror que le inspiraba el trabajo le hacía llevar una vida de verdadera miseria. Muchos días se quedaba sin hincar el diente al alcaucuz. Empujado por la simpatía que me inspiraba, me propuse encauzar su vida, despertando en él la

afición al trabajo. Para que se fuese acostumbrando a éste le estuve dando por espacio de tres semanas el semanal, sin otra obligación por su parte que presentarse todos los días en la obra y permanecer en ella durante las horas del trabajo. Yo le recomendé:

—Te fijas con toda atención en el trabajo que realizan los obreros y escoges la faena que más te agrade. Cuando supongas que estás en condiciones de hacer lo que efectúan los otros, te pones a trabajar.

Pasaron las tres semanas, y el moro no había dejado un sólo día de presentarse en la obra, continuaba en su actitud de observador del trabajo que realizaban los otros obreros.

—¿Qué, ya has escogido la faena que te propones hacer?—le dije.

—Sí—me contestó aquél.

—¿De qué quieres trabajar?—añadí yo.

—De ojo—me contestó el moro.

—¿De ojo!—inquirí todo intrigado.

—Sí, sí de ojo, al igual que hace eso—aclaró el moro señalando al encargado de mis obreros.

Momentos

PERROS Y AMOS

por ANGEL LAZARO

Lector: he visto la Exposición canina. Lo confieso con cierto rubor porque a ti, seguramente, como a mí me ocurre, eso de la Exposición canina te sonará a frivolidad, a tontería, a niña bien, de cabecita ambigua y falderillo bajo el brazo. Conforme. Pero el periodista ha de verlo todo si no quiere informar o juzgar de oídas. Por mi parte, creo que de algo me ha servido la visita.

La Exposición canina tiene para mí, un lado agradable y otro desagradable. Los grandes mastines los nobles terranovas, los finos y ágiles galgos constituyen lo grato de la inspección. Por el contrario, todos esos perrillos de lujo, producto del cruzamiento de razas para producir una raza superior, sino un tipo de can degenerado, me causan repugnancia y amargura.

¿Es posible, que hayan gentes que se consagren a estas distracciones, mientras millones de personas sobreviven una lucha superior a sus fuerzas para poder subsistir? ¿No es un reto y un insulto la exhibi-

ción de este perro rico, inútil y degenerado al que su amita vana nos muestra entre ricos almohadones, en una ciudad en donde todavía se mueren de frío en el arroyo menesterosos, y pueden verse por las noches llenas de niños y mujeres sin hogar, las escalinatas de las iglesias?

Sí; la visita a la Exposición canina nos sirve para alimentar nuestra indignación contra la injusticia humana y contrastar bien los factores sociales entre los cuales esa injusticia se levanta. Por el perro es casi seguro que sabremos del perro. Aquí está la representación del trabajo y de la vagancia, de la inteligencia y de la necesidad. Aquí está el buen perro, amigo del hombre, camarada del pastor, protector del campesino; aquí está con su cabeza noble y su recia musculatura, afirmando su razón de ser. Este es un perro.

Más, aquel otro, ¿qué es? ¿Una caricatura? ¿Un juguete? Sí; un juguete que divierte a su dueño y nos cuesta muy caro a los demás. ¿Para qué sirve ese perro? ¿Uni-

camente para que lo exhiba su dueño como bicho raro en una Exposición canina? Me parece una ofensa para los perros, para los verdaderos perros de la Exposición.

Quizás hay quien al leer esto advierta, que me falta un poco de lástima hacia esos falderillos que no tienen culpa de su inutilidad y su decadencia. Sí. Tal vez soy un poco injusto. Pero bien se le puede perdonar una pequeña injusticia al que de buena fe va en busca de la justicia, de esa gran justicia que ya no nos atrevemos a escribir con mayúscula... La intención de esta diatriba no va contra los perros, sino contra los amos. Aparte de que mi simpatía hacia esos canes, no me permite la serenidad necesaria para esa mirada piadosa. No soy santo ni mucho menos. Y así y todo, desconfío mucho de que el dñ Asís, aquel buen Francisco que le llamaba hermano al perro y al lobo, se hubiera acercado a hacerle una caricia a uno de estos animales. ¿Por qué? ¿Porque es un animal que duerme en cojines de ras-

La procesión del Corpus en Barcelona

LA CUSTODIA

por MACARIO GOLFERICHS

Nuestra Seo tuvo una rica Custodia que fué robada al principio el siglo XV, anotándose en los edictos para la captura del ladrón, que dicha Custodia era de oro con muchas piedras preciosas, y la corona de oro del rey don Martín, la cuál llevaba en su yelmo cuando las guerras de Sicilia, y había donado a la Catedral de Barcelona.

La nueva Custodia debió de hacerse a mitad del siglo XV, y Mossén Gudiol, en las «Nocions d' Arqueologia Sagrada Catalana», da la fecha del 1444; pero en aquella época era un simple templete, cual se presenta en el frontal de «Vallbona de les Monges» hoy en el Museo provincial de Santa Agueda, y dicho templete fué muy modificado en 1521 por el platero barcelonés Miguel Pla, quien debió hacer casi nuevo el cuerpo central, pues agrególe quince onzas de oro, y a más del diseño es de principios del XVI, o sea, gótico decadente.

Poco años después, en 1526, el platero Guerau Ferrer, o Ferrer Guerau, coloca unos delfines a la «moda romana» para sostener el antiguo templete, y al año siguiente dora la base y pie de la Custodia, cambiando la forma de templete en la de ciprés, o sea para llevar a mano, aunque aquí era imposible por el peso y volumen.

La Custodia va adornada de ricas joyas, destacando el «toisón» de oro esmaltado que regaló el Emperador Carlos V al celebrarse las exéquias de su abuelo Maximiliano I en nuestra Sede, siendo de notar lo maravillosa de la labor, la riqueza de perlas y piedras y lo afiligranado del diseño, y compite con dicho collar masculino otro que debió ser donación de alguna alta dama, resaltando el finísimo dibujo entre esmeraldas de grandísimo tamaño y diamantes rosas, siendo de notar que, tanto este collar como un gran número de riquísimos joyeles, son del siglo XVI, descollando entre ellos un guisante de oro cuyos granos son gruesas perlas.

Hay cerca de un centenar de anillos, casi todos episcopales, y de distintas épocas, una sarta de veinticinco brillantes de gran tamaño que marcan el viril, un riquísimo pectoral de gruesas esmeraldas, otro magnífico pectoral que fué del obispo cardenal Casañas, unos pendientes y brazaletes de tipo imperio todo colgado en la Custodia.

En un doselete que sostienen dos báculos hay una corona de plata dorada en forma cableada con la inscripción «S. X. R. A.»

en bellísimos caracteres en esmalte azul, y repetidos varias veces, y es de más notar esa joya, pues a mi ver es prenda de gusto, y tiene visagra y cierre como un brazaletes para que puedan fácilmente colocarse debajo la cimera del yelmo, y sobre los lambrequines, debiendo advertir que de igual forma y de idéntica disposición las hay en muchos escudos heráldicos de los respaldos del coro de la misma Catedral.

Arqueológicamente la pieza más notable es el trono sobre el que va sentada la Custodia. Fué la silla oficial de los Reyes de Aragón y por ello es desmontable y fácil de colocar en un caja para transportarla de un lado a otro en sus continuos viajes por sus dilatados reinos. Su factura es del 1400 o muy cerca a ellos, y parece al doselete y chapitel de la Santa Eulalia que hay en el ángulo de la calle de la Ciudad, y la antigua fachada de la Casa del Consejo, y aseméjase también a las puertas internas del palacio de la Diputación, y atestigua más su labor barcelonesa la marca de contraste que tiene repetida varias veces.

Es construida en plata dorada con escabel por base, y sobre de él un respaldo y brazos, todo de labor finísima, en particular los brazos, cuyo diseño y ejecución acreditan a nuestra ciudad y al gremio que construyóla, siendo lástima que los esmaltes cobalto que realizaban los fondos, hayan casi desaparecido.

Una banda de terciopelo carmesí con rícos bordados en oro, perlas y unos chatones de esmalte sobre oro está hoy colgado tapando parte de la silla y a ella va unida la poética leyenda de que regalóla una reina, bordándola de su mano; pero la crítica no admite tal poética narración y ve en ella una banda o tahall de espada, y es la misma o muy parecida a la que describese en el inventario de Alfonso V de Aragón, donde leece (fol. 81, número 185 Archivo Bacha Real Patrimonio de Barcelona). «Item una squerpa ample guarnida dor, guarnida en vellut carmesí e entorn della ha per les vores C X botons fets a manera de cascavells de domas e CXII fulles de roure revessades qui estan en lo mig dels dits botons e per mig de la dita squerpa son CLVI giors fetes cascuna a III fulles ab bollons al mig dellas, los uns esmaltats de blanc e altres de vert e altres re rogieler, en que penjen diverses fulles de roure. Pesa a a pes de la cambra, ensemps ab lo guarni-

ment XVIII marchs, una onza mija, ea pes de Saragoça, XVIII marchs, Vonzas e a pes de Barchinona, XVIII marchs VII onzes Iquars»

Sigue una nota: «fou lliurada an Guillem de Vich en Saragoça per fer certes obres en Valencia», y como quiera que mucho de lo que fué del rey Alfonso V pasó a su sobrino Carlos de Viana, quien lególo en parte a Barcelona, quizás entonces fué donada a su Catedral.

LA CRUZ MAYOR

La Cruz de Santa Eulalia de la Seo de Barcelona fué construida en Barcelona en 1423, y es una muestra de la orfebrería catalana del siglo XV, y a la elegancia del diseño dentro del tipo flordelisado, hay que agregar los finísimos esmaltes que pueden competir con los franceses obrados en Aviñon en época papal.

LA CARROZA DEL MARQUES DE CASTELLBELL

Es una carroza de tipo italiano, construida en finísimas líneas y elegancia suma. Construyóse para Amat virrey del Perú, el mismo que construyó el palacio de la virreina en las Ramblas de las Flores, y a mi ver fué construida la carroza a la par del palacio, a fines del siglo XVIII. El marqués de Castellbell, don Joaquín Amat de Cárcer, legó a la ciudad de Barcelona dicha suntuosa carroza, con la obligación de que figure en la procesión del Corpus.

L' OU COM BALLA

En el «Castello del nobo», en Nápoles, era ya costumbre antigua, en época de Alfonso de Aragón, el que en las fiestas principales se colocara, en el chorro del surtidor del patio, el cascarón de un huevo, al que el agua hacía saltar sin perder el equilibrio, y tal juego pasó a Barcelona y arraigó en nuestra fiesta del Corpus entre los regocijos y entremeses que tan detalladamente describen nuestros dietarios municipales, y es de admirar cómo se observa por los ciudadanos de Barcelona la tradicional costumbre de acompañar a sus hijos a que contemplen embobados, tan prodigiosa maravilla que no llegan a comprender en su infantil imaginación.



Aviso a novios y casados

por DOMINGO DE FUENMAYOR

Sé que voy a morir muy pronto; esta misma noche, seguramente. Es inútil que simuléis no creerlo. Os lo agradezco; de verdad que os lo agradezco, pero sois unos malos comediantes.

Hace un rato, cuando entró Dimas Iscariote y, sorbiendo una lágrima, me dijo: «¡No te apures Tomás, que aún haremos juntos muchas excursiones!» me dieron ganas de reír, os aseguro que por poco suelto la carcajada. No puedo pensar en excursiones, después de lo que los médicos han hecho conmigo. ¿Vosotros recordáis mis piernas, fuertes, robustas, académicas—ahora ya puedo decirlo—; mis piernas de elegante patricio romano o de adolescente de Atenas?—Pues ya no las tengo; ya no podré entallarlas con mis vendas de conquisador de las cimas suburbanas.

Me han cortado las piernas, lo sé. Las «noto» aún, «me duelen» todavía, pero no las tengo. Se las han llevado en un cubo blanco, como un ataúd infantil.

Así pues, no disimular. Por otra parte tal vez podría por la falta de mis piernas, equilibrar un presupuesto doméstico. Ahorraría el callista, el zapatero, el betunero; podría darme de baja dignamente del «Balduque F. C.», vender la motocicleta sin que sufriera mi crédito...

Sí, sí, pero me muero. En la mirada de los médicos, al despertarme, he leído el diagnóstico. No creo que vea «la luz del nuevo día», como cantarían un barítono moribundo.

Ya véis que no he perdido mi buen humor. Y es que voy a morir, pero me marchó satisfecho, porque del paso por la vida de Tomás Nogaleta, quedará la huella de una enseñanza para las generaciones posteriores.

Sin la pérdida de mis piernas, yo hubiera continuado figurando durante muchos años en el escalafón de oficiales terceros de Administración civil. Luego, ya viejo, me habrían jubilado. Y por último, la «Gaceta del empleado honorable y puntual» hubiérame dedicado una necrología plagada de iniciales entre paréntesis y de lugares comunes.

No, no. Prefiero, desde luego, mi gloriosa muerte de ahora. Ella me permite legar a la humanidad una buena lección. Esta:

Veréis. Yo había oído decir muchas veces a nuestro común amigo Santiago Peláez: «Procura no vivir muy alto, por si tu mujer te pide que te tires por el balcón»

Notoriamente se veía que Santiago Peláez, era un individuo fatalista y un escéptico abominable. Yo, lo declaro sin recelo, le despreciaba y me reía de él. ¡Cuántas veces Rosita y yo nos burlábamos juntos de aquella sentencia, ofensiva para la mujer!...

Como nadie ignora en el pueblo, Rosita es hoy doña Rosa, mi mujer. Me casé hace años. Lo hemos procurado, pero no hemos podido tener sucesión.

Mi mujer, pasada su juventud, se ha aburrido mucho. No pretendo ocultarlo, porque es verdad. En vano he procurado distraerla simulando aventuras picantes de las que yo era el protagonista. Al principio, se distraía algo riñéndome y enfadándose. Luego, ya no. Me ponía mala cara, y nada más.

Hace ocho días, justamente ocho días, se instaló en las afueras el «Gran Circo Norteamericano». Era la fiesta de nuestro santo Patrón, San Timoteo, y Rosa y yo quisimos solemnizarla asistiendo a la inauguración del Circo.

Nunca lo hubiera hecho. Aquella noche comenzó nuestra infelicidad. En el programa, figuraba un jovencuelo que daba terribles saltos mortales «dobles», «triples», ¡qué se yo!...

Al acostarnos, mientras Rosa me ayudaba a quitarme la faja con que me prevengo contra el reuma, miró a mi abdomen y murmuró tristemente:

—¡Tú nunca darás saltos mortales!

No quiero cultarlo, me molestó la frase, que me colocaba en un plano de inferioridad física, y dije:

—Mujer... ¡si fuera preciso!...

Pero ella, se mostró irreductible:

—No, no; es inútil que disimules. Tú nunca darás saltos mortales.

Por primera vez después de veinte años de casados, apagamos la luz nada más meternos en la cama, sin leer el folletín de «El Edén» Administrativo. El día anterior habíamos «dejado» al perjuró Héctor levantando un afilado puñal sobre la garganta de marmol de Olga, la hospiciaria pero no nos interesó comprobar si el stroz crimen llegaba a consumarse...

Al día siguiente, después de comer, nos asomamos al balcón de nuestro pisito segundo de la calle Mayor, como tenemos por costumbre.

Mi mujer, con una mirada triste, miraba al pavimento y luego con una lucecita de

decepción en los ojos, me miraba a mí. La imagen de Santiago Peláez cruzó mi mente y me hizo temblar de frío. En los ojos de mi mujer acababa de leer escrita, mi sentencia de muerte.

No hubo ninguna insinuación verbal, ni la alusión más leve a la noche anterior. Pero, os lo juro, mi muerte estaba en aquella mirada terriblemente melancólica de mi pobre esposa.

Ahogada casi la voz por la emoción, turbios los ojos propuse:

—Si quieres, Rosa, me tiro por el balcón.

—¡Oh!...—hizo ella, jubilosamente. Corrió sus puños, que juntó a la flor partida de sus labios, echó atrás el busto aún apertoso, y me miró como miran las doncellas imprudentes a los caudillos victoriosos. Reaccionó, empero, y dijo:

—No, no, Tomás. Quizás te matarías.

¿Quizás? Es decir, que existía la posibilidad de que no me matara.—¿Por qué no? No era el primer caso de uno que se cae desde un segundo piso y resulta ileso. Además haciéndolo deliberadamente, con las debidas precauciones, el peligro desminuía.

Tal vez al llegar al suelo pudiera adoptar una graciosa actitud de elástico saltarín y exclamar «¡Voilà!», gentilmente, abriendo los brazos, como echando un beso, tal que aquel mozalbete del Circo.

Entonces, mi mujer no veía en mí solamente al buen marido sino al héroe también. Y mis compañeros de oficina, indudablemente me ofrecerían una cena en el «Círculo de confraternidad burocrática hispano americana».

Pero, aquel día ni en los sucesivos, ocurrió nada más. Mi mujer, cada vez más triste, me ayudaba todas las noches a quitarme mi gran faja de bayeta amarilla. Y antea-noche, al realizar esta sencilla operación, por sus mejillas resbaló una lágrima.

Lo demás lo sabéis todo. Ayer tarde, después de comer don Tomás Nogaleta, oficial tercero de Administración civil, se cayó a la calle desde el balcón del segundo piso que habita en nuestra primera arteria urbana. Bien claro lo ha dicho así «El Edén».

Hoy, esta mañana, los médicos me han cortado las piernas. Esta noche seguramente, me moriré.

No me importa. No me importa, si vosotros amigos míos, sabéis aprovechar las enseñanzas de mi muerte que confirma la sabia sentencia de Santiago Peláez.



De nuestra juventud

Una oración fúnebre, que deja a Bossuet en pañales, el chocolate puro de un novillero y un famoso perro callejero narrado por el gran autor de «El Abuelo.»

por RAFAEL MORAGAS

En estos días se cumplen los seis años en que la avanzada de la «grip» hizo su aparición en Barcelona. Era una grip benigna, se dijo que provenía de Italia, y se la bautizó con el mote de «El soldado de Nápoles». Fueron escasas las víctimas, y nadie paró mientes en la epidemia.

Los boticarios hicieron buen negocio, y con los reconstituyentes se hincharon de ganar dinero. Cayeron algunos chubascos que refrescaron la temperatura, pues aquel Mayo de 1918 comenzó de un modo tórrido. Con todo no fué menester sacar el abrigo, aunque el viejo Montseny sacó las nevadas barbas del embozo.

Nos reuníamos por las noches con Román Jori y Daniel Micó en la rebotica del amigo Vallverdú, farmacéutico e inventor, por allá el año de la Solidaridad, de un acreditado «Jarabe Salmerón».

Una noche que en la rebotica jugábamos al tresillo, se hallaba en el mostrador de la farmacia dándole a la tabla pilórica, el amigo Vallverdú. En un banco del despacho farmacéutico se hallaba sentada en la espera de que estuviera lista la receta, una viejecilla. El ambiente de la farmacia era silencioso. Sólo lo interrumpía una tosecilla metálica de la vieja.

De pronto, la puerta de la farmacia se abrió violentamente. Por las fauces hizo irrupción el sereno del barrio, un hombre alto, fornido, con capote, gorra, revólver al cinto, pito y chuzo reglamentarios.

El sereno, con voz entera, dió las buenas noches, a las que todos los presentes, amablemente, contestaron. E inmediatamente la autoridad nocturna espetó:

—«¿Ya lo saben? El señor Fradera, el del segundo, «ja ha fet dómimo».

Con un gesto de resignación y condeudo demostramos lo que nos apenaba la noticia. La vieja musitaba una oración, y Vallverdú, dale que le das, continuaba elaborando pilóricamente la terpina con la masa pilular de cinoglosa.

El sereno rompió el silencio:

—«Señor Vallverdú».

—«¿Qué pasa?».

—«Me gustaría—dijo—saber dónde está la ciencia de «tots aquestos pots?»

Y con el chuzo, en amplio gesto, señaló los botes que en ringla formaban en los «maqueles» de la farmacia. Nada dijimos ni objetamos a la pregunta dubitativa del sereno. Este al percatarse de que no había forma ni manera de pegar el hilo de la conversación, se despidió, manifestando sentenciosamente:

—«En fin, es lo que dijo el «frarez». «Morir debamos ya lo sepamos.»

Y desapareció de la farmacia, mientras nosotros soltábamos una carcajada, y la

vieja se santiguaba al recoger el medicamento.

La oración fúnebre que hizo el sereno al difunto señor Fradera, a nuestro entender deja tamañito a las de Bossuet.

Con Alejandro Soler, Joaquín Olazia, Paco Coll, Arturo Pedrals y Paco Aguirre trabajamos conocimiento con un novillero que se llamaba «El Chispa». El candidato a Belmonte—nada más que candidato—aparecía algunas madrugadas por el Lion d'Or «El Chispa» era un gaditano muy pintoresco, buena persona muy arriesgado en el oficio, con escaso arte y picado de viruelas. A última hora mojaba sopas de pan en un tazón de chocolate.

Nosotros le preguntábamos si era aquella su bebida favorita, porque, la verdad, nos extrañaba ver a un torero sorber el soco-nusco.

—«A mí me gustan «toas» clase de «bebidas»...—iba diciendo «El Chispa»—pero es que «ezes» chocolate, «ders» Lion, es cosa rica... Claro está, como que es chocolate puro... Sí, señor, chocolate puro, y fabricado sin «ezas» porquerías de cacao, vainilla y azúcar... ¡Na chocolate puro!»

«Con qué creería, el pintoresco de «El Chispa», que se elaboraba el chocolate?»

Una noche en el saloncillo que tenía en el escenario de Novedades Margarita Xirgu compareció el actor Paco Fuentes con un perro magnífico. Le habían puesto el mote de «Choto», que es el perrazo que ladra en «Marianela».

Empotrado en un butacón y con el cuerpo enfundado, en un sobretodo, bufanda blanca al cuello, se hallaba, nada menos, el insigne don Benito Pérez Galdós. A su entorno nos hallamos Joaquín Montaner, Salvador Vilaregut, el guitarrista Saiz de la Maza; el gran dicharachero de don Francisco Permanyer, el maestro Pahissa, Adolfo Marsillach, Martín Farnés, nuestro querido compañero don José María Pascual, Mauricio Vilumara y unos cuantos más.

Galdós estuvo largo rato pasando la mano por el lomo del perrazo, y le acarició la cabeza. El «chucho» lamía las manos a don Benito.

Estos perros son muy inteligentes—nos decía Galdós.—Allá en mi finca de «San Quintín», en Santander, tengo yo dos perros magníficos. Son de raza... Les quiero mucho... Los perros casi todos ellos son muy listos, muy buenos individuos y un poquitín sinvergüenzas. «No saben ustedes

lo que le aconteció a Cortezo con un perro? ¡Ho, es asombroso!

Le rogamos al gran novelista, que nos lo contara.

—Pues van a oír ustedes—dijo don Benito—Cortezo, que no es otro que mi ilustre amigo, el doctor Cortezo, es un sentimental hasta el límite. A Cortezo le pasa lo que a mí, que los perros nos gustan con delirio. Una tarde, junto a las tapias del Retiro, Cortezo encontró un perro callejero hecho una lástima. Tenía una pata rota de resultas de un atropello, y la jeta que el animalito presentaba movía a «compasión». Era un chuchito desdichado, con paparras en las orejas, y al que se le podían contar a simple vista las costillas. Cortezo cogió el perro, se lo llevó a su casa, lo curó, le encaló la patita—Don Benito era el hombre que con más tino y dulzura empleaba cuando hablaba, los diminutivos—le dió masaje, lo limpió, en fin, que el animalito sanó y quedó una corta temporada en la casa de mi amigo.

Y digo una corta temporada como por algo dije que los perros son un poquitín sinvergüenzas, porque un día el perro de Cortezo vió la puerta del piso abierta, y sin despedirse del dueño de la casa salió arreando para la calle, contento, ufano, limpio, satisfecho y con el buche lleno.

Pasó el doctor Cortezo un disgusto terrible. Salió a relucir la ingratitud perruna tan equivalente a la humana, así como la proverbial golfería de los chuchos callejeros, a los que, por lo visto, les tira más el asfalto de la vía urbana que perder la libertad y permanecer encerraditos en casa llevando una vida regalada.

Se consoló Cortezo como buenamente pudo. Y a eso de los dos meses de la desaparición de «Fortunato», que así llamaba mi amigo al chuchito, un mediodía, a la hora del almuerzo, unos ladridos partieron de la puerta del piso. Cortezo reconoció que eran los de «Fortunato». Sí, era él, y no podía ser otro. Lleno de alborozo mandó abrir al criado y ¿quién dirán ustedes qué era?...

Hizo una pequeña pausa Galdós, y todos permanecieron pendientes de lo que iba a decir el Maestro. La contestación no se hizo esperar.

—Pues era, efectivamente, el perro «Fortunato». Pero no solo. «Fortunato» acompañaba a otro perro cojo y con la pata rota. Lo deja a Cortezo y se vá. ¡Le había llevado un cliente!...

Esto fué lo que tan amablemente nos contó Don Benito, anécdota comprobada por el propio doctor Cortezo, puesto que después con Pahissa vimos la comprobación en uno de los libros del ilustre Doctor, amigo del gran autor de «El Abuelo»